

LA IMAGINERÍA Y EL ARTE SACRO: VEHÍCULO PASTORAL

Del devocionismo hacia el don y la tarea

Como fuere que la mejor práctica es una buena teoría, conviene poner las cosas en su sitio. Estamos hablando de “cosas”, no de personas. Lo sagrado es siempre la persona, tanto las adorablemente divinas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; como venerablemente humanas: la Virgen María, de manera singular, y los “Santos”. Por “santos” ha de entenderse primero a los “canonizados”, o sea a los que han sido puestos como “canon” o modelo de todos los demás, pues su vida es un don de Dios para toda la Iglesia, pero también a los bautizados – y por extensión a todo ser humano – pues, en diversa medida, somos los “santos” de cada comunidad.

Todo ser humano, aún el más pecador, es imagen de Dios y posee un valor absolutamente sagrado e inviolable. Así pues, mientras el carácter sacro de las personas es absoluto, total e íntegro, el de las “cosas” es relativo, parcial y mucho más circunstancial.

Añadamos a lo afirmado que, aún dentro de las cosas, la sacralidad es gradual; ni siquiera toda la Biblia es del mismo valor: la capa olvidada de San Pablo no es sustantiva en la Revelación y el anecdótico movimiento del rabo del perro de Tobías tampoco. La Liturgia, el Derecho o la misma Moral, poseen su propia gradualidad. Por ejemplo: la clásica y arcaizante distinción entre pecados mortales y veniales, ha hecho mucho por la experiencia de la católica tolerancia, sobre todo si comparamos el catolicismo con la moral victoriana de los anglicanos o con el puritanismo protestante...

Así, lo más sagrado de nuestras cosas es el altar, después el libro de la palabra de Dios, ambos besados en las celebraciones desde lo más antiguo, e incensados con suma veneración. Vienen detrás - ¿o antes? - los crismas y los vasos sagrados; posteriormente las imágenes... Note el avisado lector que hemos trastocado la gradualidad sagrada de manera más que notable: nuestros crismas no reciben el mismo honor que tributamos a las imágenes y nuestros altares cobijan, a veces, los más extraños elementos, desde carteles a mandos a distancia, pasando por manteles limpios bajo plásticos sucios...

En cuanto se refiere al arte sagrado, todo él es perfectamente prescindible: cuando Maximiliano Kolve reza y canta en la celda de la muerte del campo de concentración, no está precisamente rodeado de arte, pero ello no es óbice para la perfecta experiencia cristiana de su entrega y sacrificio. Aunque, apurando más, los cantos que manaban del agujero del horror eran música sacra y la formación artística del mártir no era despreciable, como muestran sus escritos... Incluso los condenados pintaban las paredes de sus encierros con dibujos, algunos muy apreciables, de índole sacra. ¿Veis? El arte es prescindible, pero como Dios aprovecha también la estética, no sólo la ética y la noética, para acercarse a nosotros, al final lo artístico es siempre un don de Dios a su Iglesia santa, aún en medio de circunstancias opresivas y, por tanto, intrínsecamente pecaminosas y opresivas.

Esta consideración de lo artístico como don de Dios, es de suma importancia. Reducir a las artes a un mero instrumento es una necedad mezquina. La pastoral del arte requiere un superior aprecio del mismo. Es cierto que el viaje es más importante que el vehículo, pero sin el cuidado este, se dificulta aquel en gran medida. El arte es un instrumento pastoral, pero requiere afinamiento para no desentonar y discordar del conjunto.

Apuntes hacia una valoración ajustada

Dos son los enemigos principales de la pastoral artística: la minus valoración que lleva al desprecio, pues comúnmente se desprecia lo que se ignora, y la sobre valoración que conduce a una pedante erudición críptica y sólo apta para especialistas sin otra ocupación que su narcisismo.

Entre los que no aprecian las posibilidades pastorales del arte, suele darse una no escasa dosis de hipocresía. Es cierto que el arte se nutre del despilfarro, pues de otra manera hemos de conformarnos con la simple artesanía, a veces también sublime en sus resultados. El arte requiere, y ha requerido siempre, dinero, tiempo, esfuerzo y mérito; ya se trate de la partitura de una Misa y su ejecución coral y orquestal, o de un retablo con varias tablas góticas y su ensambladura arquitectónica, una obra sacra de buen porte no es barata... y mejor que no lo sea, pues no será demasiado buena salvo excepciones muy contadas. Es cierto que el despilfarro y el Evangelio no se casan fácilmente. Pero..., curiosamente, los que suelen protestar por la riqueza material de una iglesia barroca, poseen coches caros y casa buenas. Es cierto que una buena biblioteca es cara, pero imprescindible para el estudio riguroso y auténtico. Pues bien, lo que los libros abundosos son al que estudia, es la imagería, la arquitectura y la música sacra al menos iniciado. Los más sencillos no suelen quejarse del costo, si el resultado merece la pena.

Con todo, el conflicto tiende a ser eterno: ¿El coro de Santa Clara de Asís, tan sencillísimo, trasparente mejor a Dios que la triple basílica del sepulcro de San Francisco?. A ciencia cierta no sabría decirlo.

Se arguye con frecuencia el hecho de que Jesús aceptara el costoso perfume de la pecadora como apoyo para los gastos suntuarios. La argucia, más que argumento, tiene algo de falaz, pues la austeridad es la nota dominante del ser total de Cristo.

La “magnificencia”, o generosidad en la grandeza del culto, fue sostenida como virtud por la moral clásica. ¡Lástima que no se incluyese el buen gusto, porque nos habríamos librado de más de una exageración!.

Es cierto que fabricar o restaurar un gran órgano no es precisamente barato... pero a todos nos eleva su sonido bien templado... ¿Existe el equilibrio entre la digna austeridad del culto orante, y el uso, incluso abundante, del arte pictórico, musical, poético o escultórico?.

La tensión promete durar, por lo menos, otros dos milenios.

Entre los apasionados del arte sacro la cosa se pone peor: a veces, con amigos como esos no necesitamos enemigos de la pastoral artística. Unos, por eruditos, han convertido el arte sacro en un discurso de especialistas, lleno de toda clase de precisiones, pero tan aburrido y forzado que sólo interesa a los previamente interesados. La clásica endogamia de las egolatrías reunidas S. A.

Los otros, algunas cofradías, parroquias y santuarios, dispuestos a poseer en cinco años lo que otros han reunido en quinientos, y a competir por unos ajueres sagrados dignos de la más suntuosa basílica de la cristiandad. El desequilibrio entre el gasto suntuario y el solidario, por ejemplo, es más que escandaloso. Suelen utilizar un argumento que pone los escasos pelos de mi calva totalmente de punta: “es lo quiere el pueblo...”. Realmente, es muy fácil pasar de la piedad popular a la simple religiosidad, y de esta al populismo religioso y hasta a la “religiosidad populachera”. El descenso de categoría nos lleva a un arte sacro de tercera regional.

Por si no queda suficientemente claro, pongo dos ejemplos:

Cuánto ganaríamos cambiando la recitación lenta de un buen soneto de la mejor poesía sacra castellana, en vez de esas moniciones de entrada interminables que parecen verdaderas homilías a destiempo...

Cuánto mejor sería que el criterio musical de nuestras celebraciones fuera la calidad, desde el gregoriano al rok , pasando por cualquier pieza clásica, y no la arbitrariedad de unas músicas tan escasas... nuestra música litúrgica es tantas veces un quiero y no puedo, que más parece un ni quiero ni me da la gana...

Parece imprescindible una más ajustada valoración de las posibilidades evangelizadoras del arte sacro, no sólo por no desaprovechar el ingente patrimonio heredado, sino por servir al pueblo de Dios con una suerte de “ministerio” – servicio - de la belleza, insuficientemente profundizado.

La belleza como servicio

Por principio, la belleza es un don de Dios a su Iglesia y ha de ser compartida como un especialísimo carisma de toda la comunidad. La hermosura creada desde y hacia la fe, durante tantos siglos, es en si misma una gracia de Dios, un himno orante, una salmodia tan variopinta como el propio libro de los Salmos.

Dicen que cuando Roncalli, entonces futuro Juan XXIII, visitó la catedral de León, dijo algo así como esto: “aquí hay mas cristal que piedra, más luz que cristal y más fe que luz”. No podía ser de otra manera, siendo la catedral tan bella y Roncalli tan bueno.

A toda la comunidad, secularmente bendecida con raudales de hermosuras, unas veces tan sencillas como el coro de Santa Clara y otras tan espléndidas como la propia basílica de Asís, corresponde vivificar las posibilidades de servicio evangelizador y administrar el tesoro de fertilidad que los siglos nos han legado.

Con precisión y rigor, sin excesivas erudiciones museísticas, más propias de los teóricos o los historiadores, y en unas claves sencillas, asequibles y dignas, urge la formación de un voluntariado capaz de acoger al visitante, ya sea turista o peregrino... o ambas cosas a la par, pues, maniqueísmos a parte, no están reñidas sendas condiciones la una con la otra.

Creo firmemente en los grupos de acogida: para la catequesis, la celebración litúrgica o la acción caritativa. Es fácil encontrar un grupo de laicos dispuestos a materializar la hospitalidad respecto de estas funciones esenciales. Mi experiencia es que les resulta tan gratificante como fecundo en los resultados pastorales. De otro modo, el intento por hacer una Iglesia acogedora y compasiva, hogar de todos, se queda en triste símbolo. No es lo mismo llegar a la celebración dominical y sentarse lejos del altar y dispuestos a dormitar durante el sermón, que sentirse acogidos por unos voluntarios que, con paciencia, intenten hacer de la liturgia un ámbito de oración participativa. No es lo mismo que el enjambre de madres con prisa, busquen precipitadamente al cura para los detalles de la catequesis infantil, que encontrar a un grupo de información y acogida, pacífico y sonriente. No es lo mismo atender a los más necesitados en un lugar limpio y ordenado, donde puedan sentarse y ser escuchados por los miembros de Cáritas, que repartir limosnillas cuyo efecto es una dependencia poco humana, tanto por parte de quien las da como de quien las recibe. Pues bien ¿porqué no formar grupos de seglares, de toda edad, que muestren la belleza de la luz de la fe que ha creado tanta hermosura?; ¿porqué no establecer turnos de personas que, desde la mejor sencillez, den a conocer su templo parroquial o conventual con hospitalario cariño?; ¿porqué no nos organizarnos para que las gracias estéticas que hemos recibido sean comunicadas a otros con religiosa pureza, no como simples monumentos, museos o colecciones, sino como un servicio humildemente evangelizador?.

Da lástima contemplar conjuntos históricos donde las iglesias están siempre cerradas o, cuando permanecen abiertas, nadie las muestra con una visión creyente, limpiamente hospitalaria y en las claves propias de un sencillo testimonio de fe.

Este voluntariado de la pastoral histórico artística – lo digo por experiencia – no es propio sólo de jubilados en mediano uso, ni de las clásicas vétero vírgenes, paleo doncellas, soltero jurásicas y doncello sáurias... que, por otra parte, sostienen gran parte del quehacer comunitario, pero también de jóvenes y personas en la plenitud de su madurez. Viene a ser algo así como gustar de que otros gusten el saber y el sabor de nuestra belleza comunitaria. A veces, incluso si no se conoce la lengua de los visitantes, basta con una sonrisa y el regalo de una pequeña estampilla, para dejar huella en el recuerdo del viajero.

Ni que decir tiene que una formación básica y continua es imprescindible, pero no resulta más ardua que la de los que acogen para la misa dominical y es más fácil que la de los catequistas o los encargados de la acogida y el seguimiento de las familias que acuden a Cáritas parroquial.

Por otra parte, unas sencillas llamadas en apropiados cartelillos cerca de las obras principales, ayudan tanto al voluntario como al visitante, sin más tecnicismos que los estrictamente necesarios y con las oportunas y breves indicaciones religiosas y espirituales. No olvidemos que la propuesta es de índole catequética o, al menos, kerigmática, pero no simplemente cultural o histórica. En este sentido, para nada supone una competencia desleal o un intrusismo profesional con los guías titulados que acompañan a determinados grupos, a los que, dicho sea de paso, a veces les vendría muy bien enterarse de que no son los dueños del cotarro. Sería algo así como establecer intrusismos laborales entre los catequistas parroquiales y los profesores de religión. O considerar a los que reparten comidas en nuestros comedores como competidores de los restaurantes, o a los visitantes de enfermos como intrusos en el mundo de la sanidad y la enfermería. Cada uno actúa en su campo respectivo según la diversa naturaleza de su labor. Por otra parte, el interior de nuestros templos y edificios eclesiales se deben al uso que la comunidad les confiere y, como instituciones “privadas”, sólo se ajustan a los preceptos de la administración pública que les son imperativamente legales. El voluntariado, según la ley que les es propia, no contraviene en su quehacer ningún precepto laboral ni sindical. Todos ellos, por cierto, perfectamente respetables. Es bueno, con todo, no interferir en el trabajo que los guías profesionales realizan, pues la acogida y el acompañamiento de los voluntarios para la atención de los visitantes, se propone a cada grupo, pero nunca ha de imponerse, pues resultaría contradictorio con la misma tarea evangelizadora que pretende conseguir.

El ejemplo de más de una cofradía, al mostrar sus santuarios y pequeños museos de enseres, es muy digno de tenerse en cuenta, si bien han de evitarse a toda costa las exageraciones que hacen de las imágenes una suerte de fetiche y de su culto un refugio pietista y casi idolátrico. A este respecto, he escuchado a alguna persona devota de su patrona, decir las mayores tonterías sobre su capacidad milagreira y “poderes sobrenaturales”. La explicación era mucho más mágica que religiosa..., además de bastante estúpida. Por el contrario, más de una hermandad expone su santuario y enseres con verdadero buen gusto y total acierto.

También parece importante advertir a cerca de los asuntos económicos relacionados con la atención al visitante. Si se crea un pequeño conjunto de recuerdos, postales y estampas, es importante que sean de buen gusto, pues de otro modo añadiremos más “escayola” a nuestra estética religiosa, ya repleta de “barateces” increíbles. Además es conveniente no exagerar el mercantilismo, ni hacia adentro de la comunidad, ni hacia el exterior de la misma, no sea que tanto la parroquia como el visitante puedan percibir

con acierto que todo el servicio de acogida deriva en “gana cuartos” y “saca perras”. Item más: no es fácil, según la mayoría de nuestros templos históricos, que los visitantes puedan costear un puesto de trabajo fijo... ojo, pues en nuestra iglesia no pocos encuentran trabajo “entrando por misericordia pero saliendo por magistratura”. Además, caso de que se pueda y deba contratar a alguien de manera estable, bueno será que no interfiera con esta propuesta pastoral, que ha de poseer su propio ámbito, cuya esencia es más pastoral que propiamente laboral. Es bueno que los trabajadores a sueldo, en todos los ambientes eclesiales, no actúen como “superiores” de los voluntarios, porque la experiencia dice que estos se desaniman bastante.

Además, parece importante advertir que no se trata de “musealizar” los templos. Nada tengo, Dios me libre, en contra de los museos. Pero son instituciones decimonónicas, a veces bastante aburridas, que surgieron de colecciones prestigiantes de reyes, nobles o burgueses. A la comunidad eclesial, en ocasiones, estos “museos” le han hecho un flaco favor, pues cosifican los objetos de culto, desde la imaginería a los ornamentos, pasando por los vasos sagrados o las pinturas, reduciéndolas a “piezas de colección”, cuando su finalidad y significado es mucho más hondo y serio. Conozco iglesias despojadas para vestir el nuevo museo. El error no puede ser mayor: lo que eran objetos vivos y útiles, ahora dormitan el aburrido sueño al que los condena nuestra secularizada erudición eclesial. Son pocos, todavía, los museos eclesiales dispuestos en unas claves evangelizadoras y muchos los que desacralizan lo sagrado en aras de un presunto servicio de diálogo con la cultura. Así no.

Criterios para la formación del voluntariado

Historia

Encuadrar el propio templo como continente y lo más sobresaliente de su contenido, es imprescindible para una muestra didáctica del mismo, ya sea románico o barroco. En una clave seriamente kerigmática, no es necesaria una disertación larga y prolija, pero sí un encuadre histórico atractivo y suficiente, susceptible de ser ampliado según los casos.

Mención especial merecen las vidas de los santos, ya sea los relacionados con el lugar que se esté mostrando, ya con cualquier imagen que se venera. Hemos renunciado, estúpidamente, a la pedagogía del héroe, como si la ejemplaridad de los mejores cristianos estuviera pasada de moda. Se salvan Luter King, Gandi y Teresa de Calcuta; con suerte se pone de ejemplo a un almibarado San Francisco y... pare usted de contar. La oceánica hermosura del santoral cristiano está completamente oscurecida. Mientras, nuestros adolescentes idolatran, literalmente, a cantantes drogadictos o al Che Guevara: lo siento, será políticamente incorrecto, pero la biografía del mito revolucionario, tópicos a parte, tiene no escasos paralelismos con la de otros “liberadores de pueblos” de violento mesianismo, cuyo verdor irlandés no es el de la esperanza. Lo curioso es que lo he visto, en varias ocasiones, decorando salas de catequesis. ¡Pasma!

También resulta de sumo interés el conocimiento de los que han encargado y costado la obra de arte: reyes, obispos, comunidades monásticas, parroquiales o cofrades y todo un largo etcétera. Es cierto que los clientes de los artistas buscan la gloria de Dios, amén de la suya propia, pero también lo es que el artista recibe su remuneración. Todo el entresijo de la pequeña historia de cada obra, puede resultar del mayor interés evangelizador, ya sea por su ejemplaridad o por permitirnos una suerte de “cervantina” moral del contra ejemplo: las “Novelas Ejemplares” distan mucho de serlo, pero constituyen un catecismo resumido. ¿O no?.

Arte

Parece obvio que el catequista, pues esta debe ser su verdadera identidad, ha de estar preparado en cuanto a la época y estilo de las obras que ha de mostrar, ya sean esculturas o pinturas, orfebrería o bordados. Las fichas técnicas de los inventarios de las delegaciones de patrimonio de cada diócesis pueden ser útiles para los casos más dificultosos, así como la ayuda de los propios delegados de cada obispado. La formación artística no es dificultosa en su grado elemental y ayuda a despertar una serie concatenada de felicidades y dichas. No debemos privar al pueblo de Dios del caudal de belleza al que tiene derecho. Cuando me encarguen la redacción de un nuevo código de derecho canónico – nombramientos más raros se ven en nuestra iglesia - estableceré como derecho fundamental de los fieles el conocimiento y profundización en las fuentes artísticas del cristianismo. Eso.

Contenido

El precioso contenido teológico de la Eucaristía, la Inmaculada, la Pascua de Jesús, o la ejemplaridad de los Santos en su vida y su muerte, han de ser parte de la formación de este voluntariado. Panofski viene en nuestro auxilio con su clásica distinción entre iconografía – la forma que adquieren las formas – e iconología - la forma que adquiere el contenido -. Es imposible explicar el Pórtico de la Gloria sin conocer bien el Credo, o el retablo de la catedral sevillana sin referencia a mil momentos de los Evangelios. Conste que para un uso catequético del arte es, si cabe, más importante la iconología, o sea, la significación honda y la finalidad para la que la obra de arte fue creada y costeada. Así mismo, aunque sea de manera elemental, el aprecio por la simbología religiosa debe ser muy tenido en cuenta: la balanza en las manos de San Miguel, el pelícano en la puerta del sagrario, las llaves de san Pedro, o las doce estrellas sobre la cabeza de María con la luna a sus pies, por no poner más que sencillos ejemplos, son de alto interés catequético; además, al visitante le encanta enterarse de su significado.

Oración

Todo el itinerario descrito para cada templo, ermita o monasterio, no será completo sin un momento orante. Según el grupo concreto de que se trate, las opciones pueden ser muy variadas. Siempre será preferible saludar al Dueño de la casa al enseñar la capilla del Santísimo, bien con una breve oración, con un momento de silencio, si el clima es apropiado, o con el canto de una sencilla antífona. Roger de Tayzé, cantaba bajito: “Dios no puede más que darnos su amor, nuestro Dios es ternura”, o bien “En todo siempre paz, gozo sereno”. Visitar las carpas de la colina con él, era ya una catequesis bellísima.

Algunos salesianos de Roma, en las catacumbas, también convocan a breves momentos orantes con singular acierto. No así las guías germánicas – teutónicas pulpitudónicas - en las grutas vaticanas, dando voces a sus pacientes viajeros e impidiendo que se pueda rezar en las tumbas de Palo VI o Juan Pablo II. A propósito: ¡pobre capilla Sixtina!. Ignoro cuál sea la solución, pero no me resigno a que una de las cumbres de la belleza católica derive en algo parecido a un pabellón de la “expo”, mal organizado. Me recuerda la alocada carrera de máquinas fotográficas, todas con un japonés detrás, que corren para entrar y salir rápidamente del patio de los leones en Granada.

Criterios para la veneración del arte y la piedad popular.

Discernimiento

Ya ha sido sugerida anteriormente la distinción entre piedad popular, religiosidad popular, populismo religioso y religiosez populachera. Conviene ahora profundizar en esta imprescindible separación, de manera que no sumemos elementos heterogéneos, pues la suma final sería la nada.

Vivimos en un mundo en que ser impío es más correcto, políticamente hablando, que ser piadoso. La piedad atesora toneladas de mala prensa, incluso entre los cristianos. Es cierto que con algunas formas de piedad lo acertado es el rechazo, pero no así con la virtud misma. La recta piedad, lejos de ser un vicio, sigue siendo una virtud hondamente bíblica y profundamente evangélica. Si se la apellida “popular”, ha de ser claramente distinguida del “catolicismo popular” y de la simple religiosidad, a veces escasamente bíblica y litúrgica. Cuando el Abad de Silos dice que “la oración es estar a gusto con Dios”, recupera el sentido de la piedad más sencilla... es de lo mejor que se ha dicho últimamente... Cada visitante de nuestros centros de arte sagrado, debiera encontrar una cara amable que le mostrase lo “agustico” que se está con Dios y le invitase a experimentarlo, siquiera sea brevemente.

La religiosidad popular es, en si misma, ambivalente, pues supone una mezcla de elementos revelados y propiamente católicos, con no pocos procedentes de un cierto animismo, e incluso una serie de aspectos un tanto mágicos y constantemente necesitados de honda y serena purificación. La religión natural tiene tantas grandezas como peligros. Con todo, es relevante como freno a la magia más descarada y soez, así como a las sectas, amén de proveer una cierta cultura de la catolicidad. No todo en el Rocío es religiosidad, pero si mucho; no todo en las Javieradas es religiosidad, pero si mucho; no todo en el Camino de Santiago es religiosidad, pero si mucho... ; por cierto, ninguna de estas “andariegas” manifestaciones es parangonable totalmente, aunque si mucho.

El populismo religioso, practicado por muchos políticos de todo cariz y partido, además de por ciertos ámbitos eclesiásticos, instrumentaliza el hecho religioso con fines bastardos: hay ministras que pasan de un mitin abortista a presidir una procesión, “sin romperse ni mancharse”... La culpa es del hermano mayor que las invita y del clero que calla y otorga, pero también del cargo público en cuestión, cuyas respetables posiciones políticas le obligan a respetar también las de los católicos.

La religiosez populachera es un hecho, en virtud del cual, se pierde toda sombra de elegancia, pero, desgraciadamente es un hecho. Venid conmigo a la designación de más de un responsable cofrade, cuyo espíritu de servicio es más que dudoso y cuya aspiración de relevancia social es más que indudable.

El arte sagrado, en todas sus manifestaciones, musicales, pictóricas y escultóricas, arquitectónicas o variadísimamente artesanales, le viene como anillo al dedo a la virtud de la piedad. Ya sea paleo cristiano, visigodo, románico, gótico, renacentista o barroco, también modernista o vanguardista: el feliz matrimonio entre arte y piedad, sigue siendo indisoluble a pesar de las crisis, e incluso, a veces, gracias a ellas, como en toda conyugalidad auténtica. La imagen religiosa, ya sea pictórica, escultórica, e incluso musical, es un don de Dios, primero para la comunidad creyente, pero además para todo ser humano. Porque es un don, exige ser tarea: la de servir para humanizar, para dignificar, para dar felicidad y armonía a la vida.

No ocurre lo mismo en la relación del arte y la religiosidad. Unas veces porque lo popular oscurece lo artístico y otras porque lo religioso se profana a si mismo, en aras de lujos ostentosos innecesarios o alardes de soberano mal gusto. Para colmo, existen fenómenos de fetichismo religioso que difícilmente son compatibles con el Evangelio: una imagen religiosa no puede ser un totém tribal, ni un signo nacionalista. La distinción entre lo popular y lo populista no es siempre acertada. En ocasiones, el arte sacro, mal usado, deviene en toda suerte de idolatrías: religiosas, nacionalistas y racistas, localistas, o sencillamente estúpidas... de todo hay en la viña...

Súmese a ello el hecho de que el ideal barroco y neo barroco, propio del mudo cofrade en general y del sureño en particular, mantiene intacto su horror al vacío y nunca está terminado. Así, proliferan nuevas hermandades, nuevos pasos y nuevos enseres. Los hay con verdadera dignidad artística, al tiempo que ejemplos contrarios, intrínsecamente feos en su ser y en el dudoso afán que los produce.

Al final, el continuo discernimiento evangélico y pastoral, es tanto más imprescindible cuanto que pone en juego nuestra propia identidad como seguidores de Jesús de Nazaret. ¡Ojo!. El discernimiento cristiano no se identifica con la cabezonada clerical, por muy bien intencionada que esté, ya a favor o ya en contra del arte sacro popular. O de la popularidad sagrada del santuario, la cofradía, la parroquia o la catedral. Podrían aportarse sonoros ejemplos de toda índole. Incluidos algunos muy dolorosos.

Es imprescindible que nuestro posible voluntariado del Kerigma a través del arte, aprenda, ¡y sea enseñado!, a moverse por el terreno de la verdadera piedad, sencilla y hondamente religiosa, verdadera y sabiamente católica. Sin este “principio y fundamento”, flaco favor estaríamos haciendo a esta forma de apostolado de la acogida, cuyas exageraciones meramente monumentales e histórico artísticas lo pueden desvirtuar, pero aún es posible desnaturalizarlo más por las tendencias fetichistas impropias.

Buena educación

Dicho y redicho lo cual, afirmado y confirmado, puesto y dispuesto, es llegado el momento de solemnizar lo obvio: la buena educación. Es sabido como la amabilidad es la mitad del apostolado... todo lo demás es la otra mitad, planes pastorales inclusive. Pues bien la mejor obra de arte del cristianismo es la valoración del cuarto mandamiento: el dulce precepto que convoca a honrar padre y madre. La práctica de este bellissimo mandato es imposible sin cortesía, no de la puramente formal y un tanto cursi, si no de la honda y verdadera. Sin trato amable, parecer pudiera que nuestros padres no pusieron las bases necesarias en los primeros quince años de nuestra vida: la altivez y la grosería deshonran a nuestros educadores, principalmente al padre y a la madre. Puede parecer que nos han criado en barbecho o en secano, y no en el fértil regadío de la recta crianza. Considero altamente necesario “poner en valor” –que se dice ahora- todo cuanto se refiera a la amabilidad más recta y correcta, más cálida y sincera, más acogedora y hasta elegante. La propuesta de un voluntariado del arte religioso carece de sentido si no se eleva a la condición de obra maestra el trato con el visitante, ya sea asiduo o ya ocasional.

Vivimos en una iglesia que tiene fama, no entro en si justificada o no, de regañona. Se regaña a la sociedad en los medios de comunicación, a los novios cuando vienen a casarse, a los seminaristas por que si o porque no se visten clericalmente y hasta a los curas por demasiado trascendentes o inmanentes, según los casos. La lista de regañinas es interminable. ¿Acaso no sería mejor instalarse en una sonrisa, ni cándida ni irónica, sino sencillamente cordial?. ¡¡¡Si!!!. Extremar la cortesía es una de las mejores y más sencillas maneras de transparentar a Dios.

Recuperación de las personas

Este apostolado del arte es un lugar pastoral privilegiado para la valoración de las personas con deficiencias síquicas y sensoriales que, según su grado, pueden ejercer ministerios de mayor o menor responsabilidad, siempre dentro del mayor respeto y cariño, así como del mejor sentido común, sobre todo para no agobiarles con cargas que los superen y, por tanto, aflijan.

Hay quien ha dicho que debiéramos desconfiar de las casa donde no hubiera animales y plantas, yo no llego a tanto, pues los hogares son siempre un mundo, a veces complejo. Pero si extrapolo la afirmación hacia las parroquias: me da paz contemplar como en las comunidades cristianas siguen teniendo cabida los que no caben en ninguna otra parte del mundo. De no ser así, algo muy importante está incompleto.

Esto mismo puede predicarse de la dignificación de los jubilados y hasta de la noble ancianidad de religiosas, religiosos y sacerdotes. También de los periodos programados de resocialización de los que salen de cualquier dependencia, e incluso de la condición de internos en las prisiones. El apostolado de la belleza nos puede ayudar a vestir la dignidad propia de los hijos de Dios, cuya imagen somos nosotros.

Valoración del entorno

Todo cuanto se predica de la ajustada autoestima que nuestros voluntarios del apostolado del arte pueden ir adquiriendo, ha de afirmarse igualmente del entorno en el que viven. Conocer y amar la génesis y el desarrollo de “su” pueblo o de “su” barrio, del convento o la parroquia, es, en si mismo una fuente de felicidad, especialmente en zonas más deprimidas o aisladas. El Evangelio se encarna en cada lugar y persona, “no por nuestros méritos, sino conforme a la bondad de Dios”, como acertadamente reza nuestro misal. Cuando las personas aprenden a sentirse orgullosas de lo propio y a mostrarlo a los de fuera, les es enormemente gratificante.

No es bueno llegar a ciertos postulados del chovinismo francés o de la presunción nacionalista: sabido es como el principio fundante del nacionalismo es aquello de “el chorizo de mi pueblo es el mejor del mundo”, y suele curarse viajando, pues uno de los mejores signos de inteligencia es viajar, aunque sólo sea para comprobar que las chacinas de otros lugares son también buenísimas. Con todo, en no pocos pueblos y ciudades, un poco de sano orgullo de lo propio es más que conveniente.

Parecen imprescindibles dos indicaciones:

La primera se refiere a los ámbitos de acogida. Los primeros siglos del cristianismo se distinguieron por la consideración de los atrios, pórticos amplios, nartex o zaguanes, simples portales o grandes cancelas, como imprescindibles. Sabían lo que hacían. Un ambiente previo, limpio, acogedor, anunciador de la solemnidad interior y abierto al comunicativo diálogo, es siempre muy apreciable. Dependiendo de la hora, las plazas de nuestras iglesias, a veces muy recoletas, pueden suplirlo donde no exista. Alguien afirma que una de las desgracias de nuestra liturgia dominical fue separar la “fracción del pan” eucarística del ágape fraterno subsiguiente. Algo parecido puede afirmarse de nuestra arquitectura sacra: necesitamos ambientes de hospitalaria acogida. Pero, incluso donde no sea posible, es conveniente suplir con imaginación la falta de medios. La cuestión es que el visitante sea seducido por la hermosura de Dios.

La segunda se refiere a los horarios de nuestra hospitalidad. Cuando viajamos no estamos en nuestra casa; descubrimientos de la pólvora a parte, lo cierto es que las sobre mesas de los fines de semana, tanto en el almuerzo como en la cena, son momentos importantes en el viaje del visitante y, por lo común, todo está cerrado a cal y canto. Abrir nuestros centros de arte, no cuando nos viene bien a nosotros, sino al huésped, al

que, según San Benito “hay que recibir como al propio Cristo”, sería ya el sumum de las perfecciones.

Lo mismo puede asegurarse de las visitas guiadas nocturnas. Son de una eficacia que roza la mejor fecundidad. No es difícil ponerse de acuerdo con concejalías de ayuntamientos o con otras instituciones y empresas, para adornarlas de pequeños conciertos apropiados y de ágapes elementales, pero muy gratificantes. Si se cuenta con monasterios de clausura, sus licores y dulces hacen el resto, además de propiciar la colaboración con la comunidad monástica. Les aseguro que la experiencia es todo un gozo.

A modo de conclusión

Se trata de hacer no sólo de la imaginería sacra, sino de todo el “imaginario” artístico eclesial un don para todos, recibido como regalo de Dios a través del ingenio y la inspiración de los artistas y ofrecido como don a la comunidad creyente, al mundo de la indiferencia religiosa y a todos los visitantes, a veces muy lejanos a la fe y a la cultura católica. El arte es un espacio para compartir gozosamente la fe, en niveles muy diversos. Es cierto que una catedral es del obispo y su cabildo, pero también, en otra medida, de todos los creyentes y, en grado diverso, de los no creyentes y hasta del japonés que ocasionalmente nos visita con su inevitable cámara fotográfica... Esta apertura a la totalidad, aún de manera gradual, nos es fácil a través del patrimonio histórico y artístico y rinde, sin duda, un verdadero servicio a nuestra sociedad, de manera sencilla y humilde.

Visto así, el arte es un instrumento, un vehículo, pero, ante todo un don que estamos llamados a compartir de modo más idóneo. Esta es la tarea. Acaso compartirlo es el mejor modo de aproximarnos a merecerlo.

Manuel Amezcua Morillas

Sugerencias para las fotografías:

Todo cuanto se refiera a visitantes de templos, museos o monumentos religiosos. Peregrinos a Santiago, el Rocío o las Javieradas. El pórtico de la Gloria, un paso de Semana Santa rodeado de gente. Roger de Tayzé. Juan XXIII. También fotos de voluntarios de toda edad. La basílica de Asís y el coro de Santa Clara.